

El problema de las primeras tierras que vio Colón

Enrique de Gandía *

HASTA la primera mitad del siglo XVIII, nadie se preocupó en saber cuál fue la primera tierra que vio Colón. En 1731, el naturalista inglés Mark Catesby, en el primer volumen de sus dos tomos sobre *The Natural History of Carolina*, publicada en Londres, escribió que la Cat Island, «antes llamada Salvador o Guanahaní», fue la primera tierra que en América descubrió Colón. No trajo ninguna prueba ni hizo ninguna investigación. En 1767, John Knox, en su *A New Collection of Voyages*, obra también aparecida en Londres, repitió, en una nota, que Colón desembarcó en San Salvador, «ahora conocida con el nombre de Cat Island». Nada más.

Así comienza la larga lista de historiadores que han propuesto otras islas, con otros nombres, para identificarlas con la Guanahaní o San Salvador —de este modo nombrada por Colón. La enumeración, en forma

* Historiador argentino. Buenos Aires.

perfecta, la hizo un autor norteamericano contemporáneo, profundo conocedor de este tema, en un artículo aparecido en la famosa revista *Terrae Incognitae*, 1983, tomo XV, páginas 1-28: Johan Parker, *The Columbus Landfall Problem: A Historical Perspective*. Fácil es, por tanto, resumir las sabias búsquedas de Parker y exponer sus resultados. Lo principal de este estudio que sólo puede completarse con los datos traídos por nosotros en nuestra *Nueva Historia del Descubrimiento de América* (Buenos Aires, 1990) y en nuestro *Américo Vespucci y sus cinco viajes al Nuevo Mundo* (Buenos Aires, 1991), es la comprobación de que, hasta el día de hoy, después de quinientos años de historia colombina, nadie ha podido demostrar cuál fue la isla que los indios llamaban Guanahaní y Colón bautizó San Salvador. El desconocimiento total llegó al extremo de no saber, ningún autor, que había dos Cubas: una, la actual isla en donde nació José Martí, y otra, que Colón llamó Cuba-Juana, que es la actual península de Florida.

El análisis del diario de Colón nunca fue hecho en forma perfecta, por desconocimiento del idioma español, en unos autores, o por falta de sentido crítico, en otros. Es un hecho sobre el cual mucho se ha escrito sin lograr esclarecer las brumas que lo envuelven. Creemos imprescindible decir unas palabras sobre tema tan discutido y tan insoluble.

¿Quién escribió el Diario de Colón?

LAS pequeñas y grandes oscuridades que ofrece el diario de Colón han atraído la atención de muchos americanistas. Se han detenido en puntos sin duda importantes, pero que no penetran en el fondo de problemas que sus comentaristas han empezado por desconocer. Comienzan por no saber quién escribió el *Diario* de Colón ni quién escribía sus cartas. Hemos encontrado en los *Pleitos* la declaración de un marinero que dice que «escribía» las cartas que el almirante dirigía a los reyes. Esta confesión, que no ha destacado ningún colombista, abre un pequeño o gran mundo de revelaciones. En primer término empezamos por saber que Colón no escribía, de su puño y letra, las cartas que enviaba a los reyes. Por algo, lingüistas afamados encontraron en las cartas de Colón galleguismos, catalanismos, andalucismos y otras formas de lenguaje propias de distintas regiones de España. Por ello no faltaron pruebas idiomáticas a quienes defendieron, en tiempos relativamente próximos, las patrias gallega, catalana, andaluza, vizcaína y otras

del descubridor. Hoy, todas esas disquisiciones pueden relegarse al olvido. Y si ahora sabemos que Colón no escribía por sí mismo sus cartas, debemos preguntarnos: ¿Tenía un secretario que era su escribiente o redactor? No lo sabemos. Sólo pudimos demostrar que un marinero solía escribirle a Colón cartas que estaban destinadas a los reyes. ¿En qué idioma escribía o habría escrito Colón su correspondencia? Hay un par de documentos que demuestran que escribía en un italiano con algunos hispanismos. Y, ahora, otra pregunta, más grave: ¿quién escribió el *Diario* de a bordo de Colón que glosa y, a ratos, transcribe, Las Casas? ¿Algún marinero que le hacía de secretario? Es poco probable, pues hubiera debido revelarle, con su dictado, que no anotaba con exactitud las leguas navegables, sino que las disminuía para no alarmar o inquietar a los tripulantes. Entonces, el *Diario* no podía estar redactado en un perfecto idioma español, como lo transcribe Las Casas, sino en un italiano hispanizado que no se encuentra en ninguna parte. Esto lleva a la conclusión de que Colón no escribió el diario con su propia mano, no sabemos si lo hizo algún amanuense o si Las Casas transcribió largos párrafos, en perfecto español, redactados o reconstruidos por él. Todo esto no se lo preguntaron los críticos que han examinado el *Diario* y tanto tiempo perdieron con sus análisis más o menos inútiles.

Llegamos, pues, con nuestra comprobación de que un marinero era el que escribía las cartas de Colón a los reyes, a la conclusión de que el almirante no pudo ser el redactor directo, exclusivo, de su *Diario*, pues éste no pudo estar escrito con la perfección idiomática que muestra la copia hecha por Las Casas y que este documento, tan famoso y fundamentalísimo en los estudios colombinos, no es un documento puro, indubitable, indiscutible y totalmente fehaciente. Estos resultados de una nueva crítica histórica y documental nos ponen frente a la obligación de examinar, con más cuidado que en otros tiempos, el *Diario* de Colón, dudar de sus palabras y confrontarlas con otras piezas documentales. Sólo así se podrá alcanzar resultados en otros años insospechados.

No debemos olvidar que el original del *Diario* de Colón se ha perdido, que nadie sabe dónde lo escondieron o dejaron los Reyes Católicos, que de él se hizo una o dos copias y que tampoco se sabe si ésta o éstas copias reprodujeron exactamente el texto redactado por Colón o enmendaron su lenguaje y lo llevaron a un perfecto castellano. Tampoco sabemos si Las Casas, al encontrarse con una copia en que abundaban los italianismos o regionalismos hispanos, no lo reprodujo corrigiéndolo y

presentándolo como si estuviera perfectamente compuesto en español. Son dudas que surgen del hecho de que dos documentos indudablemente escritos por Colón nos presentan a un italiano que escribía en italiano con algunos hispanismos propios de un extranjero que vivía en España y quería escribir lo mejor posible en español.

Es indudable que Las Casas retocó el *Diario* y en sus resúmenes cometió algunos errores de interpretación o de transcripción. En un lugar confiesa que no entendía «esta algarabía». No entendía lo que decía Colón. Y así abunda en gran número de casos o ejemplos. Las Casas hizo un resumen en que intervino su comprensión o fantasía y, al lado de estas confusiones, hay otras que tienen otro valor y otros alcances. Por ejemplo, cuando dice que Colón, en 1494, sostuvo que Cuba era una tierra firme que, al final, se volvió isla. No supo nunca —como no lo supo ningún otro historiador— que había dos Cubas. Los indios llamaban por igual Terra de Cuba a la actual Florida y a la isla donde nació Martí. Para disculpar a Las Casas reconocemos que tampoco lo supieron todos los colombinos que tocaron este tema y acusaron a Colón de haber hecho jurar a sus tripulantes que Cuba era Tierra Firme.

Discusiones en torno a las tierras que vio Colón

LAS opiniones que se han expuesto para identificar la primera tierra que vio Colón han sido muchas y cada uno de sus tenedores las ha expuesto con argumentos que se contradicen los unos a los otros. Empezamos, para entretenimiento de los lectores, con la erudita nómina que ha reconstruido el eximio estudioso John Parker.

En 1973, el eminente español Juan Bautista Muñoz, en el primer tomo y único publicado de su *Historia del Nuevo Mundo*, afirmó que Colón desembarcó en la isla Watling. Lo hizo sin ninguna prueba, lo mismo que sus sucesores, Justin Winsor, en 1886, y Martín Fernández de Navarrete, en su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles del siglo XV...* en 1825-37, que se inclinó por la isla Grand Turk.

Las dudas habían nacido y existirían hasta la actualidad. El primer editor en inglés del diario de Colón, Samuel Kwttell, insistió en la isla

Gran Turk; pero, al año siguiente, en 1828, el inolvidable Washington Irving, con los consejos del marino Alejandro Siddell Mackau, señaló la Cat Island. Esta opinión la compartió el barón de Montleón y la siguió el gran Alejandro de Humboldt en su magnífico *Examen crítico de la Historia de la Geografía del Nuevo Mundo*, en 1836-1839.

Otro estudioso, George Gibbs, en 1846, volvió a inclinarse por la isla Grand Turk. Al año siguiente, R. H. Major pensó lo mismo. En 1856 el capitán inglés A. B. Secher defendió la isla de Watling. En cambio, en 1864, Francisco Adolfo de Varnhagen, en la Universidad de Santiago de Chile, presentó la isla Mayaguana como la Guanahaní de Colón. Esta propuesta, que podía ser la más lógica, no fue defendida por ningún otro historiador. Así se llegó al 1882 en que el capitán norteamericano Gustavo V. Fox propuso la isla Samana. Sus razonamientos no fueron malos. Hasta que en 1884, J. B. Murdock hizo una crítica arrasadora del viejo problema y sostuvo que Colón desembarcó en la isla de Watling.

Y, ¿dónde estaba esta isla de Watling que todos creen que era la Huanahaní tocada por Colón? En otras palabras: ¿Watling era o es Huanahaní? Colón dice que en esta isla Huanahaní «vide un pedazo de tierra que se hace como isla, aunque no lo es, en que había seis casas. El cual se pudiera atajar en dos días por la isla». Huanahaní estaba unida a una tierra que parecía una isla, pero que no lo era. ¿Dónde estamos? Creemos que, con este dato, no se puede seguir afirmando que la isla Huanahaní era propiamente una isla o lo era y estaba unida a «un pedazo de tierra que se hace como isla, aunque no lo es». Descifren esta «algarabía» otros estudiosos.

Estamos frente a descripciones hechas por el mismo Colón que nos muestran una Huanahaní que no es la isla que siempre imaginamos. Los autores que la describieron, consciente o inconscientemente, suprimieron las palabras que hemos transcrito y que nos muestran una isla que, para empezar, no es isla. ¿De qué isla hablamos, entonces? ¿Era una isla del supuesto paralelo de las Canarias o de mucho más al Norte, en otra latitud? Esto no se lo preguntaron ni lo tocaron los eminentes historiadores que se consagraron a este tema. Esperemos que alguno, con otros criterios, vuelva sobre él. Hombres de gran talento, como Clemente R. Markham, John Boyd Tacher, R. T. Gould, John W. McElroy y, en 1942, el eminente Samuel Eliot Morison, sostuvieron que la isla de Watling fue la primera que vio Colón.

La autoridad de Morison, a quien tuvimos el placer de conocer en Buenos Aires, ha dominado hasta la fecha e impuesto la isla Watling como la Huanahaní o San Salvador. No obstante, rivalidades personales, en Estados Unidos, fueron dudando y combatiendo la autoridad de Morison y, por tanto, la isla Watling como la Huanahaní de Colón. R. T. Gould cambió de opinión y de la Watling se fue a la Concepción Cay. Otro crítico, en 1954, Pieter Verhoog, propuso los Caicos Islas del Sud. Su teoría fue aprobada, al año siguiente, 1955, por el capitán P. V. H. Weems. Estas islas fueron aceptadas en 1958 por Weems y Mendel L. Petersen. En 1959, E. Roukems dio la razón a Morison, y Robert Fuson, en 1961, defendió a Verhoog y atacó a Morison. En julio del mismo año, Edwin Doran señaló seis errores en la exposición de Fuson y sostuvo el pensamiento de Morison sobre Watling. En 1974, Ramón J. Didiez Burgos propuso Plana Caya como el lugar en que desembarcó Colón. Hasta que en 1981, Arne Molander presentó a Egg Island, al Norte del cabo Eleuthera.

Estos autores, la mayoría en desacuerdo y sólo algunos unidos por una teoría, se atacaron a veces con palabras más duras que las que empleamos los hispanoamericanos cuando estamos lejos de coincidir. La sabia revista *Terrae Incognitae* dio cuenta de estas opiniones y estos debates y publicó eruditos artículos en el tomo XV del año 1983.

Así aparecieron estudios de Oliver Dunn (*Columbus's First Place: The Evidence of the Journal*); de Robert H. Fuson (*The Diario de Colón: A Legacy of poor Transcription, Translation and Interpretation*); de James F. Kelley, Jr. (*In the Wake of Columbus on a Portulan Chart*); de Arne B. Molander (*A New Approach to the Columbus Land-fall*); de Robert R. Power (*The Discovery of Columbus's Island Passage to Cuba. October 12-27, 1492*); y de Oliver Dunn (*The Diario or Journal of Columbus's First Voyage: A New Transcription of the Las Casas Manuscript for the Period October 10 through December 6, 1492*).

Los datos que es menester revisar

NO hablamos de otros eruditos trabajos publicados en otras revistas. Todos dan muestra de un excelente conocimiento de las fuentes y muestran agudas observaciones. Sin embargo, en la Argentina nos extrañamos de que no hayan visto hechos muy evidentes que cambian muchas cosas y revelan otras que dan vida a una nueva historia. No podemos seguir como hace un siglo o en tiempos de

Morison, hace más de cincuenta años. La misma figura de Morison, tan admirada en un momento, es atacada o sometida a agrias correcciones por algunos de los autores que hemos mencionado. Ciertos juicios los creemos injustos. No los vamos a refutar, pues Morison, con su monumental obra, se defiende solo. El mismo Diario de Colón es sometido a sutiles exámenes; pero ninguno de sus críticos hace notar que ese diario no fue escrito por Colón. Se trata de un misterio. Colón no escribía en español en forma tan perfecta y se hacía escribir, hasta por marineros, cartas a los reyes de España. Uno de ellos lo recuerda en los *Pleitos*. Por otra parte, Colón consigna en su diario noticias secretas, como las distancias navegadas que él mismo confiesa que las reducía para no alarmar a los tripulantes. No sabemos, en síntesis, quién, a bordo de la *Santa María*, escribía el *Diario* de Colón. No obstante, hablaba en primera persona y Las Casas, que leyó el original o una buena copia, declara, a cada instante, que «estas son palabras del almirante», o «Aquí dice el almirante...» etcétera. Pocos son los trozos del *Diario* que Las Casas reproduce como textos intocados de Colón. Siempre se trata de resúmenes o síntesis o trozos adobados por Las Casas. A nadie se le ocurrió reproducir con un tipo de letras las palabras indiscutidas, seguras, de Colón y, con otro tipo de letra, las que abrevia o refiere a su modo el padre Las Casas. Por otra parte, cuando Colón escribe, en forma rotunda, que se hallaba en 42 grados Norte —y lo dice en tres oportunidades bien conocidas— ningún crítico observa que Las Casas es el primer sorprendido y no tenía idea que podían existir cuadrantes con una doble escala y que 42 grados Norte podían ser solamente 21 grados, lo cual coincidiría con lo que siempre se supuso. No obstante, los comentaristas que han repetido la excusa de Fernández de Navarrete, de estos cuadrantes dobles, para no innovar y crear nuevos problemas, han aceptado la solución de Navarrete y no se han dado cuenta de la verdad histórica. Ninguno defendió la realidad de los 42 grados Norte, que cambia la historia del descubrimiento; no se han dado cuenta de que ningún marino tenía semejantes cuadrantes dobles, que el mismo Las Casas los ignoraba; que Colón jamás aludió a ellos y que utilizó los que todos empleaban. Hay un consenso general en no tocar este punto que cambia todo lo conocido. Por último, han omitido estudiar algo que confirme la altura de los 42 grados. Son las noches de quince horas que Colón escribe que tenía en esos lugares. Quince horas de noche equivalen a una latitud superior a los treinta grados. No estaba, por tanto, en los veintiuno como pretenden ciertos colombistas. Lo que hay que explicar

es la altura que llevó Colón desde que partió de las Canarias y cómo llegó luego al Caribe. De todo esto, los sabios autores mencionados, que con tanta sabiduría han analizado el lugar en que pudo desembarcar Colón, no dicen una palabra. ¿Para qué sirven, en consecuencia, esos bellos estudios? En cambio han llegado a afirmar que Colón era un ignorante y no sabía tomar la altura de un paralelo ni distinguir las estrellas.

Más grave, en los autores mencionados y en otros que hemos citado en otros estudios, es no haberse dado cuenta de que había dos Cubas, que los indios llamaba Cuba a la isla que Colón bautizó como Isabela y a la tierra que Colón llamó Juana, creyendo que era una isla, y se trataba de la Florida. Todo esto, que eminentes historiadores norteamericanos vislumbraban hace más de un siglo, sus continuadores de hoy lo desconocen brillantemente. No obstante, Colón, en su carta a Santángel, dice que la cuarta isla que descubrió la llamó Isabela y a la quinta le dio el nombre de Juana. Las dos eran conocidas por los indios con el nombre de Cuba. En su *Diario*, Colón escribe el miércoles, 24 de octubre, que a media noche levantó las anclas «de la isla Isabela... para ir a la isla de Cuba». Es indudable que se trataba de dos Cubas: una llamada por Colón Isabela y otra que llamó Juana. Colón, que había partido de la isla Isabela, o sea, Cuba, «no sabía yo cuánto camino oviese hasta la dicha isla de Cuba...» El viernes, 26 de octubre, los indios aseguraron a Colón que había a Cuba «andadura de día y medio con sus almadias...» El domingo, 28 de octubre, todavía estaba «en demanda de la isla de Cuba al sursudueste». Al día siguiente vio «cabezas en hueso que le parecieron de vaca». Animales semejantes no había en las islas. Se encontraba, en cambio, en la tierra firme, en Florida. Todavía el martes, 30 de octubre, los indios dijeron a Colón que le faltaban «cuatro jornadas» para llegar a Cuba. Estaban en Tierra Firme. El capitán de la *Pinta* entendió que «esta Cuba era ciudad y que aquella tierra era tierra firme muy grande que va mucho al Norte». El lugar en que se hallaban, «al parecer del almirante —escribe Las Casas— distaba de la línea equinocial 42 grados hacia la banda del Norte, si no está corrupta la letra de donde traslado esto...».

La necesidad de un punto de vista diferente respecto del tema

LOS comentaristas del viaje de Colón que hemos mencionado, y otros muchos que no citamos, nunca com-

prendieron que Colón tocó el continente en octubre de 1492 y no en 1498, en la actual Venezuela, como se creía en otros tiempos. Colón, como repite Las Casas, el jueves, primero de noviembre, estaba seguro de que «esta es la tierra firme». Por ello quería enviar al Gran Khan las cartas que le habían dado los reyes. El viernes, 2 de noviembre, Colón volvió a tomar la altura y «halló que estaba cuarenta y dos grados de la línea equinocial... y todavía afirma que aquella es tierra firme». Nótese que no tenemos las palabras exactas de Colón, sino un resumen hecho por Las Casas. El dominico estaba sorprendido de lo que decía el *Diario* de Colón.

No era posible hablar de tierra firme en las islas del Caribe, sino en un lugar muy diferente, donde, realmente, se encontraba Colón y, como él decía, en cuarenta y dos grados Norte. El miércoles, 21 de noviembre, Colón seguía en esta latitud. Hay, aquí una frase que destruye totalmente la suposición de la existencia de un cuadrante con doble escala. Las Casas consigna que Colón «para creer que el cuadrante andaba bueno le movía diz que el norte tan alto como en Castilla y si esto es verdad, mucho allegado y alto andaba con la Florida...». En otros términos: Colón estaba seguro de su cuadrante, pues sabía que estaba tan alto como en Castilla que se halla, en efecto, en unos 42 grados Norte.

Hoy no es posible dudar de que la isla que Colón llamó Juana era conocida por los indios como Cuba. El martes 4 de diciembre, Las Casas habla de los indios «de Cuba o Juana» y luego refiere que Colón «determinó de dejar a Cuba o Juana que hasta entonces había tenido por tierra firme por su grandeza». Es decir, la Florida, que Colón consideraba tierra firme, era conocida como Cuba y Juana. La otra Cuba, la isla de Martí, era la Isabela.

Lo expuesto nos demuestra que los estudios, tan eruditamente hechos, para probar que Colón anduvo de uno a otro lado y descubrió tales y cuáles islas, son por completo inútiles y hay que encarar el problema con otro sentido y otros principios.